

Estatuto de las pasiones en el psicoanálisis

Héctor Gallo

El libro que lleva este título es el producto de una investigación teórica y clínica que se orientó por la pregunta de ¿cuál es el estatuto de las pasiones en el psicoanálisis? Este libro no es producido por un investigador deseoso de objetividad, pues aquellos para quienes no existe y es verificable o demostrable sino lo que se ve y puede ser medido, jamás se preguntarán por el estatuto de las pasiones.

Comprender teórica y clínicamente el problema de las pasiones, tiene interés para psicoanalistas, psicólogos, filósofos, sociólogos, trabajadores sociales y para aquellos que trabajan en el campo de la educación, la criminología y la salud mental. Problemas como el de la guerra, el crimen pasional, el acoso escolar, la violencia intrafamiliar, la venganza, los celos, la ira, el llamado feminicidio y el abuso sexual en general, no es algo que se pueda entender si no se realiza un acercamiento al problema de qué son las pasiones en el ser humano.

Este libro se ocupa de explicar cómo se constituyen y expresan las pasiones en el ser humano, en qué sentido entran en relación con el cuerpo, qué lugar tienen en la transferencia analítica, cómo se vinculan con los afectos, qué las distingue de las emociones y los sentimientos, de qué modo se presentan en la relación con el semejante, qué función cumple el Otro con mayúscula y el objeto en su relación con el sujeto, en qué consisten las pasiones del ser y las pasiones del alma, cómo se relacionan y diferencian en el ser humano, en qué sentido se vinculan con el bien y el mal, bajo qué lógicas se relacionan con la ética y la sublimación, qué pasa con las pasiones al final del análisis y de qué *saber hacer* se trata con esta dimensión estrechamente relaciona con el goce y el deseo del analista.

Sobre la fundamentación del problema

La pregunta por el estatuto de las pasiones en el psicoanálisis, nos orienta de entrada hacia la interrogación de las concepciones de la ciencia, de los psicólogos y los psiquiatras sobre las emociones y las pasiones. Estos pretendidos científicos de las emociones, en lugar de ocuparse de explicar cómo nos servimos de las pasiones en nuestra vida, de qué manera concebirlas, cómo se distinguen unas de otras, porque cuando estallan se pierde la capacidad de responder ante sí mismo y ante el Otro, y esto qué consecuencias trae en nuestro mundo de relaciones, se dedican a describirlas como si fuera posible decirlo todo sobre lo que son y esto fuera válido universalmente.

“Lacan siempre insistió en que en el psicoanálisis no se puede decir la verdad toda, [...]”,¹ pero a lo que sí podemos acceder es a “pedazos de lo real que jamás hacen sistema”.² A esto es a lo que modestamente aspiramos al proponernos abordar el tema de las pasiones.

Lacan no sigue la huella de la explicación científica de las emociones cuando se ocupa del afecto y tampoco lo hace Freud cuando emplea la palabra pasión. Al respecto dice Miller que “sería en verdad posible, a nivel lingüístico, considerar que la emoción es el nódulo del afecto. Por el contrario, él vuelca todo su esfuerzo en distinguirlos, y empuja el afecto hacia la pasión, precisamente la pasión del alma”.³ Mientras la emoción es mantenida por parte de Freud en el terreno de una alteración del ánimo que tiene repercusiones corporales, puede ser violenta o trivial, implicar una sensación de apresamiento expresado sensacionalmente o mantenido en silencio, el afecto Lacan no lo deja como el aspecto cuantitativo del sentimiento o del impulso pulsional, sino que lo enriquece teórica y clínicamente articulándolo con el goce implícito en la pasión.

¹ Citado por Eric Laurent en *Los objetos de la pasión*, Buenos Aires, Tres Haches, p. 86.

² *Ibíd.*

³ Jacques-Alain Miller, a propósito de los afectos en la experiencia analítica, *Matemas II*, Buenos Aires, manantial, 1988, p. 152.

No podemos decir de Freud que, tal como lo hace Lacan, empuje el afecto hacia la pasión, pero si relaciona ésta con el alma y eso pulsional considerado malo. En su obra la palabra pasión es evocada en dos sentidos. En un primer sentido la pasión es relacionada con la violencia de la guerra, capaz trastornar la inteligencia, de rebajar “las cosas más elevadas”⁴. Y de lograr que incluso la ciencia misma pierda su “imparcialidad desapasionada”.⁵ También tiene que ver con el amor, el odio, el dolor, los celos, la desconfianza, la venganza, el asco, la irritación, la cólera, la furia, lo agitado y tempestuoso, lo que sobresalta, hace hervir el espíritu y con la tendencia a dañar al otro y a hacerse dañar.

La mayoría de las pasiones anotadas, salvo el amor cuando no se constituye en signo de locura, son para Freud pulsionales y se localizan en el *ello*, o sea que son al *ello* como la percepción es al yo racional. Desde el punto de vista de una escala de valores, puede decirse que son pasiones bajas, cuestión que las distingue claramente del afecto, que en ningún lugar dice Freud que se localiza en el *ello pulsional*, así escape, tal como sucede con la pasión, en no pocas ocasiones al dominio del yo. Tampoco la emoción se localiza en el *ello*, pues en Freud está más cerca del afecto que de la pasión, cuyo rasgo fundamental es su aspecto incontenible. Este aspecto no necesariamente acompaña a la emoción, pues esta puede experimentarse de forma contenida y no implicar necesariamente arrebatos, aunque la sensación suele ser de apresamiento. Si bien la palabra emoción suele denotar la presencia de un afecto invasor, en su propia naturaleza, contrario a la pasión, está el ser percibida y conocida por la consciencia.

La pasión, sobre todo en su sentido negativo, tiene que ver con un torbellino, con lo irresistible, con eso que es más fuerte que yo, frente a lo cual son ineficaces los argumentos ya que por ser pulsional se opone a toda coerción. Las pasiones son la prueba contundente de la imposibilidad de que el hombre se guíe en su vida *por la sola inteligencia*. Este aspecto irresistible y arrollador de la pasión que hace de

⁴ Freud Sigmund, *El Moisés de Miguel Ángel*, Obras Completas, Tomo II, Madrid, biblioteca Nueva, 1972, p. 2101.

⁵ *Ibíd.*, p. 1201.

la inteligencia y la sabiduría algo ineficaz, es decepcionante de cara a los ideales sociales, en donde se pretende que los hombres sean capaces de sustituir “los fundamentos subjetivos de la obediencia a la cultura por otros racionales”.⁶

La pasión es una manera de ponerse en escena el forzamiento del yo por el ello “a transformar en acción” su voluntad, “como si fuera la suya propia”.⁷ Las pasiones en la búsqueda de su satisfacción entran en una lógica de oposición con el yo, la razón, el mundo exterior y los valores. Lo que domina al ser humano corresponde a las pasiones del *ello*, pero lo que se espera idealmente es que el yo tome el timón para orientar y refrenar las pasiones, ya que éstas quieren una satisfacción ciega e inmediata, sin atender “a las condiciones impuestas por el mundo exterior”.⁸ El yo es impotente frente a las pasiones, aunque si puede llegar a gobernar las emociones, ya que estas pueden sentirse pero mantenerse en silencio y no expresarse.

El debate que se acaba de evocar, tiene un fundamento filosófico importante, de ahí que sea objeto de amplios desarrollos en este libro. Para el filósofo, contrario que para el psiquiatra y el moralista, lo malo en el hombre no es que tenga pasiones, sino que éstas lleguen a ser más fuertes que la razón. En la lógica freudiana más conservadora, esto sucede cuando el yo no goza de toda su capacidad funcional, es decir, cuando fracasa por debilidad en su aspiración de dominar todas las áreas del *ello pulsional*. Dentro de esta lógica, el fracaso del yo en el dominio de las pasiones es contingente, pero en la lógica que cuenta con la pulsión de muerte, la reacción terapéutica negativa y la compulsión a la repetición, dicho fracaso es estructural. Esta vía es desarrollada ampliamente por Lacan acercando goce y pasión, de ahí que sea otra vertiente abordada en este libro.

En un segundo sentido, la pasión se relaciona con cuestiones intensas pero nobles, por ejemplo, no ceder, como es el caso de Freud, en el deseo de sacar

⁶ Freud Sigmund, *El provenir de una ilusión*, Tomo III, Madrid, biblioteca Nueva, 1972, p. 2986.

⁷ Sigmund Freud, *El yo y el ello*, Obras completas, Tomo III, Madrid, biblioteca Nueva, 1972, p. 2708.

⁸ Freud Sigmund, *Análisis profano*, Obras Completas, Tomo III, óp., cit, p. 2921.

adelante la causa psicoanalítica, pese a las dificultades encontradas. Este aspecto de la pasión también es irresistible, pero en lugar de devorar y atormentar, calma y eleva el espíritu, entra en relación con la perseverancia del deseo e implica sin duda volverse irresistiblemente convincente para el Otro. Aquí se trata de la puesta en juego “de una serena energía indomable”, del “arte de embellecer la vida”, de ser, por ejemplo, un “apasionado adorador de la belleza”.⁹

La pasión de Freud por investigar fue notoria y en parte nos explica su fascinación por Leonardo De Vinci, a quien admiraba porque se apasionó tanto como él por investigar. Digamos que ambos en parte se olvidaron de amar, pues cuando se ha llegado al conocimiento, “se permanece más allá del amor y del odio, y en lugar de amar no se ha hecho sino investigar”.¹⁰ Refiriéndose a Leonardo, dice que “Las tormentosas pasiones que elevan y devoran, y a las cuales debieron otros lo mejor de su vida, parecen no haberle combatido jamás”.¹¹

No es que Freud considere a Leonardo exento de pasiones que no sean elevadas. Advierte más bien en él “poderosas pasiones pulsionales que, sin embargo, no pueden manifestarse sino de un modo atenuado”.¹² Esto se debe a que en nadie como en Leonardo, se produjo de manera tan lograda una sublimación de la libido en ansia de saber, a tal punto que esto determinó “la inactividad sexual de toda su vida ulterior”.¹³ O sea que sublimación y pasión entran en una íntima relación, razón por la cual también es objeto de nuestra reflexión.

Tanto en el sentido pulsional que excluye al Otro, como en el del deseo que si lo incluye, la pasión es del sujeto y deberá ser despertada, hecha crecer bajo transferencia, de ahí que Freud afirme: una “recaída amorosa es indispensable, pues los síntomas a causa de los cuales se sometió al enfermo a tratamiento no

⁹ Freud Sigmund, *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y a muerte*, Obras Completas, Tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, pp. 2012-2103

¹⁰ Freud Sigmund, *Un Recuerdo infantil Leonardo de Vinci*, Obras Completas, Tomo 2, Madrid, biblioteca Nueva, 1972, p. 1584.

¹¹ *Ibíd.*, p. 1584.

¹² *Ibíd.*, p. 1618.

¹³ *Ibíd.*, p. 1618.

son sino residuos de anteriores luchas de represión o de retorno, y solo por una nueva crecida de las pasiones que han provocado el combate pueden tales restos ser ahogados y removidos”.¹⁴

Se deduce de lo que se acaba de decir, que para Freud no hay que impedir la emergencia en un análisis de las pasiones –amor - odio- reprimidas sino, por el contrario, promover su liberación, dado que por ser transportadas por los síntomas, el analista deberá prestarse como objeto de las mismas y saber qué hacer con su retorno a escena, ya que la correspondencia de pasión con pasión le está vedada, así el sujeto insista en “dar alimento a sus pasiones, sin tener en cuenta la situación real”.¹⁵ La pasión transferencial da cuenta del modo como la pulsión surge en el análisis como exigencia. La posición de Freud es que el analista deberá maniobrar para hacer de dicha exigencia parte del tratamiento, pero jamás deberá hacerse partícipe de la ferocidad de las pasiones.

Contra las pasiones, nada se consigue con razonamientos, por elocuentes que sean”.¹⁶ Si bien demarcan un sendero peligroso en el análisis, no hay que rechazarlas, menos responder con medias tintas, pretendiendo hacerlas ascender a un nivel superior o haciendo creer que habrá correspondencia. Las pasiones hay que dejarlas subsistir como fuerzas propias del análisis, como fuerzas que han de impulsar al analizante “hacia la modificación de su estado, y guardarnos muy bien de querer amansar con subrogados las exigencias de tales fuerzas”.¹⁷

En el caso de Dora, dice Freud que su tos, en última instancia, “exteriorizaba algo de lo cual ella no tenía consciencia: “Soy hija de mi padre. Tengo, como él, un catarro, me ha contagiado su enfermedad, como antes la contagió a mi madre. También me ha transmitido *malas pasiones*, de las cuales es castigo la

¹⁴ Freud Sigmund, *El delirio y los sueños en la Gradiva de W Jensen*, Obras Completas, óp., cit, Tomo 2, Madrid, Biblioteca nueva, 1972, p, 1334.

¹⁵ Freud Sigmund, La dinámica de la transferencia, óp., cit, p. 1653.

¹⁶ Freud Sigmund, Observaciones sobre el amor de transferencia, óp., cit, p. 1692.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 1692.

enfermedad”.¹⁸ Aquí las pasiones son asociadas con lo malo, en el sentido de lo que no es aceptable socialmente, algo de lo que el sujeto no es responsable porque le ha sido transmitido por el Otro paterno gozador. Cuando ese goce del padre es integrado por la histérica como si fuera propio, se presenta como un castigo recreado por sus síntomas.

Pero la pasión freudiana, tal como ya se indicó, no tiene que ver solo con lo malo pulsional, también se relaciona con la sublimación de eso malo, pues en ambos casos, aunque en sentido diferente, la intensidad, como rasgo propio de lo pasional, no deja de estar presente. Sin intensidad e insistencia, sea en lo positivo o en lo negativo, no hay que hablar de pasión en juego. El lado intenso e insistente del afecto, es el rasgo que en la lógica freudiana lo conecta con la pasión, pero mientras el afecto remite a la representación, la pasión remite a la pulsión. En Freud la pasión va más allá de la representación, pues en tanto implica una ansia desmedida de satisfacción y dicha ansia es fomentada de distintos modos por la modernidad, conduce a que se instaure en el sujeto un “desprecio de todos los principios éticos y todos los ideales, “[...]”¹⁹

En el caso Emmy de N, dice Freud que ella “poseía una naturaleza harto violenta, capaz de grandes apasionamientos, y sus sensaciones eran muy intensas”.²⁰ Este apasionamiento histérico evoca intensidad del alma en la forma de vivir, de actuar y de sentir. Esta es la manera de Freud dar cuenta que en la histeria es común encontrarnos con una dimensión referida a la exageración del afecto que empuja el paso a la acción irreflexiva. De ahí que para evaluar psíquicamente un afecto, diga Freud que no es posible hacerlo “fuera de su conexión con un contenido de representaciones. En cuanto el afecto y la representación no se corresponden en forma e intensidad, queda ya desconcertada nuestra facultad de juicio”.²¹

¹⁸ Freud Sigmund, *El caso Dora*, Tomo 1, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, p. 978.

¹⁹ Freud Sigmund, *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*, Obras completas, Tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, p. 1250.

²⁰ Freud Sigmund, *Historiales clínicos, Emmy de N*, Tomo 1, Madrid, Biblioteca nueva, 1972, p. 87.

²¹ Freud Sigmund, *La interpretación de los sueños*, Los afectos en el sueño, Tomo 1, Madrid, Biblioteca nueva, 1972, p. 626.

Tanto Freud como Lacan se apartan de las concepciones de la ciencia que pretenden decirlo todo sobre las pasiones y describirlas en su conjunto, pues el principio metodológico que define la reflexión psicoanalítica en este aspecto es el siguiente: que sobre las pasiones solo pedazos de verdad es posible rescatar, pues a este nivel se verifica, más que en cualquier otro lugar, que “sólo tenemos que ver con Otro inconsistente”.²²

Tanto a Freud como a Lacan las pasiones les revelan la inconsistencia del Otro de la razón, de la ley y de los ideales, de ahí que ambos se refieran a lo que sucede con la pasión al final del análisis. En el primero, debido a que confía en la construcción de Otro consistente que sirva de referencia y regule la pulsión, la cuestión conduce a indicar que en este aspecto el análisis se vuelve interminable. Por su parte Lacan no introduce a propósito de la pasión la idea de lo interminable, sino de saber hacer con la pulsión. Los dos coinciden en que no hay que esperar de un análisis que borre las pasiones en favor de una normalidad, pero la solución que dan es diferente. En la única referencia de Freud a la pasión al final del análisis, nos dice: no hay que “exigir que la persona que ha sido “psicoanalizada por completo” no sienta pasiones ni presente conflictos internos. El papel del psicoanálisis es lograr las condiciones psicológicas mejor posibles para las funciones del yo; con esto ha cumplido su tarea”.²³

En nuestro libro no se deja de lado la pregunta por las pasiones al final del análisis, pues dado que es construido con pasión, se asume la apuesta de tomar a la letra la orientación de Lacan plasmada en el hecho de dejarnos guiar en cuanto al afecto freudiano por la pasión. No por esto se niega que en algunos casos, por ejemplo el llanto, es notable la expresividad natural del afecto.

²² Eric Laurent, *Los objetos de la pasión*, p. 86

²³ Freud Sigmund, *Análisis terminable e interminable*, Obras completas, Tomo III, Madrid, Biblioteca nueva, 1972, p. 3362.